

Hermano Alegrete

Hubo una vez una gran guerra, y cuando terminó, muchos soldados recibieron la licencia. Y el Hermano Alegrote también recibió la licencia junto con otros, y al ser licenciado le dieron un pequeño pan del estado y cuatro kreuzers para el camino.

El Hermano Alegrote se puso en camino y se encontró con San Pedro disfrazado de mendigo, quien le pidió limosna. Él le respondió: «Ay, amigo mío, ¿qué puedo darte? Fui soldado y me licenciaron sin nada: todo lo que tengo es este pan del estado y cuatro kreuzers... Y cuando se acaben, tendré que pedir limosna igual que tú... Sin embargo, te daré lo que pueda».

Luego partió el pan en cuatro trozos y dio uno de ellos a San Pedro, añadiendo al pan un kreuzer.

San Pedro le dio las gracias, continuó su camino y, disfrazado de otro mendigo, se sentó en el camino del soldado; cuando éste llegó a su altura, San Pedro le pidió nuevamente limosna. El Hermano Alegrote repitió las mismas palabras y de nuevo le entregó un cuarto de pan y un kreuzer.

San Pedro le dio las gracias, siguió adelante y por tercera vez, bajo la apariencia de un mendigo, se sentó junto al camino, dirigiendo a Alegrote la misma súplica. Alegrote le dio por tercera vez el tercer cuarto de pan y el tercer kreuzer. San Pedro le dio las gracias, y el buen hombre prosiguió su camino, quedándole de reserva tan solo un cuarto de pan y un kreuzer.

Con estas provisiones entró en una posada, comió su pedazo de pan y con el kreuzer pidió una cerveza.

Luego continuó su camino, y salió a su encuentro de nuevo San Pedro, esta vez disfrazado de un soldado licenciado, y le habló: «¡Salud, camarada! ¿No tendrás por casualidad un pedazo de pan de reserva y aunque sea un kreuzer para beber?» —«¿De dónde voy a sacar eso? —respondió Alegrote—. ¡Me licenciaron sin nada, y por mi servicio solo recibí un pan del estado y cuatro kreuzers! En mi camino encontré a tres mendigos y a cada uno di un cuarto de pan y un kreuzer. El último cuarto me lo comí yo mismo al entrar en la posada, y con el último kreuzer bebí. Ahora, hermano, no tengo nada, y si tú tampoco tienes nada, podemos ir juntos a pedir limosna». —«No —dijo San Pedro—, eso aún no es necesario; sé algo sobre la curación de enfermedades y sabré ganar con ello lo que necesite». —«Bueno, yo no sé nada de eso —dijo Alegrote—, así que tendré que ir yo solo a mendigar».

—«Vamos conmigo —dijo San Pedro—. Si gano algo, compartiré contigo». —«¡Eso me viene bien! —dijo Alegrote».

Así continuaron juntos el camino.

Llegaron a una casa campesina y oyeron dentro lamentos y llantos; entraron y vieron que el dueño de la casa estaba agonizando, con la muerte a sus espaldas, mientras su esposa lloraba y se lamentaba por él.

«Basta de llorar y lamentarse —dijo San Pedro—, yo curaré a vuestro marido», y con estas palabras sacó del bolsillo alguna pomada y curó al enfermo instantáneamente, de modo que pudo levantarse y quedó completamente sano.

El marido y la mujer se alegraron mucho y preguntaron: «¿Con qué podemos recompensaros? ¿Qué podemos daros?»

Sin embargo, San Pedro no quiso aceptar nada, y cuanto más le rogaban, más se negaba. Pero Alegrote le dio un codazo y dijo: «¡Toma algo, que lo necesitamos!»

Finalmente, la dueña de la casa trajo un corderito y dijo a San Pedro que debía aceptarlo; pero él seguía negándose. Y Alegrote volvió a darle un codazo: «¡Tómalo ya, tonto, que lo necesitamos!»

Entonces San Pedro dijo finalmente: «¡Está bien! Tomaré el corderito, pero no lo llevaré yo mismo; si quieres, hermano, llévalo tú». —«¡Por qué no llevarlo! —respondió Alegrote, cargando el cordero sobre su hombro».

Llegaron al bosque; el cordero pesaba bastante sobre el hombro de Alegrote, quien además tenía hambre, por lo que dijo a su compañero: «Mira, este lugar no está mal; aquí podríamos cocinar y comer el corderito». —«Sea —respondió San Pedro—, pero yo no soy bueno cocinando; cocina tú si quieres, aquí tienes la olla; mientras tanto yo pasearé hasta que el cordero esté cocido. Pero no empieces a comer antes de mi regreso; llegaré a tiempo». —«¡Vete, vete! —dijo Alegrote—. Yo sé cocinar y me arreglaré con el asunto».

San Pedro se fue, y Alegrote degolló el cordero, puso la carne en la olla y comenzó a cocerla. El cordero ya estaba cocido, pero el compañero aún no había regresado; entonces Alegrote sacó el cordero de la olla, lo abrió y encontró dentro el corazón. «Este debe ser el bocado más delicioso —dijo—», y primero probó un poco, y luego se lo comió entero.

Finalmente regresó San Pedro y dijo: «Puedes comer todo el cordero, pero dame solo el corazón».

Alegrote tomó el cuchillo y el tenedor y comenzó a buscar con gran diligencia entre los trozos de carne de cordero, fingiendo que no podía encontrar el corazón; finalmente murmuró entre dientes: «Es que aquí no hay ninguno». —«¿Qué significa esto? —preguntó San Pedro». —«Realmente no lo sé —dijo Alegrote—, pero además, ¡qué tontos somos los dos! Buscamos el corazón del cordero, y a ninguno de nosotros se nos ocurre que los corderos no tienen corazón!» —«¡Esto sí que es nuevo! Cada animal tiene corazón; ¿por qué no iba a tenerlo un cordero?» —«¡No, no, de verdad, hermano! Solo piensa un poco y entenderás inmediatamente que realmente no tiene corazón!» —«¡Que así sea! —dijo San Pedro—. Si no hay corazón, entonces el cordero no me sirve; puedes comértelo tú solo». —«Lo que no coma, lo guardaré en mi mochila para el camino —dijo Alegrote, comiéndose medio cordero y metiendo el resto en su mochila».

Continuaron su camino, y por voluntad de San Pedro, un ancho río les cortó el paso, y tenían que cruzarlo necesariamente. Entonces San Pedro dijo: «Cruza tú primero». —«No —respondió Alegrote—, mejor cruza tú primero». Y pensó para sí: «Si resulta profundo, preferiré quedarme en la orilla». San Pedro entró en el agua, y ésta solo le llegaba hasta las rodillas. Alegrote también decidió cruzar, pero el agua había subido y le llegaba hasta la garganta.

Y empezó a gritar: «¡Hermano, ayúdame!» Y San Pedro dijo: «Confiesa que te comiste el corazón del cordero». —«No —respondió él—, no me lo comí».

El agua seguía subiendo y ya llegaba hasta los labios del soldado. «¡Ayúdame, hermano!» gritó. «¿Confesarás que te comiste el corazón del cordero?» —«No —respondió el soldado—, no me lo comí».

San Pedro no quería que Alegrote se ahogara, bajó el nivel del agua y le ayudó a cruzarla.

Siguieron adelante y llegaron a un reino donde la princesa estaba agonizando. Nuestros viajeros oyeron esto, y el soldado dijo: «¿Sabes, hermano? ¡Esto es una ganancia para nosotros! Si la curamos, quizás quedemos asegurados para toda la vida!» Y le pareció que su compañero se movía con poca agilidad; así que empezó a apremiarle: «¡Vamos, querido, date prisa! ¡O quizás lleguemos tarde!»

Pero San Pedro deliberadamente ralentizaba y ralentizaba el paso, por más que su compañero lo apresuraba, hasta que finalmente supieron que la princesa había fallecido.

«¡Vaya novedad! —dijo el soldado con enfado—. ¡Todo porque avanzabas paso a paso!» —«Mejor calla —le respondió San Pedro—, pues no solo sé curar enfermos,

también puedo llamar de nuevo a la vida a los muertos». —«Sí, si sabes hacer eso, me viene bien; ¡solo que no pidas menos de la mitad del reino por revivirla!»

Luego se dirigieron al castillo real, donde todos estaban sumidos en una gran tristeza; allí San Pedro dijo al rey que se comprometía a revivir a la princesa.

Lo llevaron junto a la princesa fallecida, y él dijo: «Traedme una olla llena de agua», y cuando trajeron la olla, ordenó a todos salir de la habitación, dejando consigo solo a Alegrote.

Luego cortó en pedazos todo el cuerpo de la difunta, echó los trozos en la olla, encendió fuego debajo y comenzó a cocerlos. Y cuando toda la carne se separó de los huesos, sacó de la olla unos huesecillos blancos y finos, los puso sobre la mesa y los reunió en su orden natural y habitual.

Luego se colocó frente a la mesa y pronunció tres veces: «¡Difunta, levántate!» Y a la tercera vez que pronunció estas palabras, la princesa se levantó viva, sana y hermosa como antes.

El rey, por supuesto, se alegró indescriptiblemente y dijo a San Pedro: «Pídeme la recompensa que quieras, ¡y aunque desearas la mitad de mi reino, te la daría de buena gana!»

Pero San Pedro respondió: «Yo no

«No deseo ninguna recompensa». —«¡Qué tonto!», pensó para sí el soldado, dio un codazo a su compañero y le susurró: «¡Basta ya de tonterías! Si a ti no te hace falta nada, yo no tendría inconveniente en recibir algo, aunque sea poco».

San Pedro no pidió nada; sin embargo, el rey notó que su compañero no era tan desinteresado y ordenó a su tesorero llenar la mochila del soldado con monedas de oro.

Siguieron adelante y, cuando llegaron al bosque, San Pedro dijo a Veselchak: «Bien, ahora dividamos el oro». —«De acuerdo —respondió este—, dividámoslo».

San Pedro dividió el oro y lo repartió en tres partes. «¿Qué nueva idea se le ha ocurrido ahora?», pensó el soldado. «Solo somos dos, y él lo divide en tres partes».

Una vez dividido el oro, San Pedro dijo: «Lo he repartido muy correctamente en tres partes: una para mí, otra para ti y la tercera para quien se comió el corazón del cordero». —«¡Oh, pues fui yo quien se lo comió! —se apresuró a responder Veselchak, recogiendo rápidamente el oro—. ¡Yo me lo comí, puedes creerme!».

—«¿Es eso posible? —continuó San Pedro—. Tú mismo afirmaste que el cordero no tenía corazón en absoluto». —«¡Bah, hermano mío, es acaso imaginable tal cosa?

También el cordero tiene corazón, como cualquier animal... ¿Por qué no habría de tenerlo?». —«Muy bien —dijo San Pedro—, quédate con todo el oro, pero yo no quiero seguir siendo tu compañero; seguiré solo mi propio camino». —«Como quieras, querido mío —dijo el soldado—, así nos despedimos».

Y San Pedro tomó otro camino, mientras Veselchak pensaba para sí: «Mejor así, que se haya separado de mí; es demasiado extraño, ¿acaso es un hechicero o algo parecido?».

Por lo demás, ahora tenía bastante dinero, pero no sabía cómo administrarlo; lo despilfarraba, lo regalaba y, transcurrido cierto tiempo, volvió a quedarse sin nada.

Así llegó a un país donde, según los rumores, la princesa acababa de fallecer. «¡Vaya! —pensó—. ¡Aquí podría salirme un excelente negocio! La resucitaré y, desde luego, haré que me paguen debidamente por ello».

Fue ante el rey y le ofreció resucitar a la difunta. Ya habían llegado a oídos del rey rumores sobre cierto soldado retirado que recorría el mundo resucitando muertos; por eso pensó que Veselchak era precisamente ese soldado.

Sin embargo, como no confiaba plenamente en él, primero consultó con sus consejeros, quienes le dijeron: «¿Por qué no probar? Al fin y al cabo, tu hija ya está muerta».

Veselchak mandó traer agua en un caldero, luego hizo salir a todos de la habitación, cortó el cuerpo de la difunta en pedazos, los echó en el caldero, encendió fuego debajo y procedió exactamente igual que lo había hecho su compañero.

El agua comenzó a hervir en el caldero y la carne se separó de los huesos; entonces sacó los huesos del caldero y los dispuso sobre la mesa; sin embargo, no sabía en qué orden debían colocarse y los apiló todo al revés y trastocado.

Después se plantó frente a la mesa y dijo: «¡Difunta, levántate!», repitiéndolo tres veces, pero los huesos no se movieron.

Repitió otras tres veces las mismas palabras, también sin resultado. «¡Vamos, levántate, incorpórate, señora! —gritó finalmente—, ¡o te irá mal!».

Apenas hubo pronunciado estas palabras, cuando San Pedro, nuevamente bajo la apariencia de un soldado retirado, apareció ante él, entrando por la ventana, y dijo: «¡Ah, hombre impío! ¿Cómo te atreves a emprender esta tarea sin comprender siquiera que la difunta no puede resucitar de entre los muertos

cuando has confundido tanto sus huesos?». —«Querido mío, ¡hice lo que supe! —suplicó el soldado—. Esta vez todavía te sacaré del apuro, pero te advierto que si osas intentar algo semejante otra vez, te sobrevendrá una gran desgracia... Además, no debes exigir ni aceptar del rey recompensa alguna, por mínima que sea». Luego San Pedro colocó los huesos de la princesa en su verdadero orden, pronunció tres veces: «¡Difunta, levántate!», y la princesa se incorporó sana y hermosa, tal como antes.

San Pedro se marchó por la ventana tal como había llegado; y Veselchak, satisfechísimo de que todo le hubiera salido tan bien, solo lamentaba no haber podido recibir recompensa alguna.

«Quisiera saber qué tiene en la cabeza —pensó el soldado—, pues lo que da con una mano, lo quita con la otra, ¡y eso carece totalmente de sentido!». El rey comenzó a ofrecer a Veselchak lo que deseara, pero este no se atrevía a tomar nada abiertamente; sin embargo, mediante diversos insinuaciones y astucias, logró que el rey ordenara llenarle la mochila de oro, con lo cual se marchó.

Cuando salió del castillo, San Pedro estaba junto a la puerta y le dijo: «¿Ves qué clase de hombre eres? ¡Te prohibí tomar cosa alguna, y mira cómo tienes la mochila repleta de oro!». —«¿Y qué iba a hacer —replicó el soldado— si me la llenaron a la fuerza?». —«Pues bien, te digo nuevamente que no te atrevas a hacer nada semejante por segunda vez, o te irá mal». —«¡Bah, hermano! No te preocupes; ahora tengo oro de sobra; ¿acaso voy a seguir ocupándome en lavar huesecitos?». —«¡Sí, claro! —dijo San Pedro—. ¿Crees que el oro te durará mucho? Para que no vuelvas a tentar el camino prohibido, dotaré a tu mochila de tal propiedad que cuanto desires aparecerá inmediatamente en ella. Adiós, ya no volveremos a vernos». —«¡Con Dios! —dijo el soldado, pensando para sí: «Me alegro de que te marches, ¡qué excéntrico eres! ¡No te seguiré!». En aquel momento ni siquiera pensó en el poder maravilloso concedido a su mochila.

Veselchak siguió caminando por el mundo y despilfarró su oro como la primera vez. Finalmente le quedaron solo cuatro kreuzers, y sucedió que, al pasar junto a una posada, pensó: «Debo deshacerme del dinero», y pidió vino por valor de tres kreuzers y pan por uno.

Mientras estaba allí terminando de beber su vino, de repente percibió el olor de ganso asado. Veselchak comenzó a mirar aquí y allá y vio que en la chimenea del posadero había dos gansos colocados. Solo entonces recordó la propiedad milagrosa de su mochila y decidió ponerla a prueba con aquellos gansos.

Así, al salir de la casa y cruzar el umbral, dijo: «Deseo que los gansos asados de la chimenea aparezcan en mi mochila». Apenas hubo dicho esto, abrió la mochila,

miró dentro ¡y allí estaban! «¡Esto sí que está bien! —dijo—. ¡Ahora podré vivir sin preocupaciones!». Salió al prado, sacó el asado de la mochila y comió a su gusto. Mientras comía, vio acercarse a unos aprendices que miraban con ojos codiciosos y envidiosos el segundo ganso, aún intacto. Veselchak pensó: «Con uno tengo suficiente», llamó a ambos muchachos y les entregó el segundo ganso, diciendo: «¡Comed a mi salud!».

Ellos le dieron las gracias, llevaron el ganso a la posada, pidieron media botella de vino y pan, sacaron el ganso y comenzaron a comerlo.

La posadera los observó detenidamente y dijo a su marido: «Esos dos están comiendo ganso; echa un vistazo a la chimenea, ¿no será ese ganso uno de los nuestros?».

El posadero miró en la chimenea y vio que estaba vacía. «¡Ah, banda de ladrones! ¡Queréis disfrutar gratis de un ganso! ¡Pagad inmediatamente, o os obsequiaré con papilla de abedul!». —«¿Qué ladrones somos? —suplicaron los aprendices—. Ese ganso nos lo regaló allí, en el prado, un soldado retirado». —«¡No intentéis engañarme con cuentos! Es cierto que hubo un soldado aquí, pero salió honradamente por la puerta y yo lo seguí; vosotros sois los verdaderos ladrones y debéis pagarme el ganso». Pero como ellos no podían pagar, el posadero tomó un bastón y los expulsó de la posada.

Mientras tanto, Veselchak seguía caminando por su camino y llegó a una localidad donde, cerca de un rico castillo, había una miserable posada. Pidió alojamiento para pasar la noche, pero el posadero se negó, diciendo: «No hay sitio para ti; la posada está completamente llena de huéspedes distinguidos». —«Me sorprende —dijo Veselchak— que todos se hospeden aquí y no en ese magnífico castillo». —«Sí, pasar una noche allí cuesta algo —respondió el posadero—; quien ha intentado pernoctar allí nunca ha regresado con vida». —«Si otros lo intentaron —dijo Veselchak—, ¿por qué no habría de intentarlo yo?». —«Tonterías, déjalo —dijo el posadero—, pagarás con tu propia piel». —«Bueno, no será ahora mismo con la piel; dadme solo las llaves del castillo y algo bueno para comer y beber».

El posadero le dio las llaves, además de comida y bebida, y luego Veselchak se dirigió al castillo, cenó abundantemente y, cuando comenzó a sentir sueño, se tendió allí sobre

suelo, porque no había cama.

Pronto se durmió, pero en mitad de la noche lo despertó un ruido espantoso, y cuando se frotó los ojos, vio en su habitación nueve demonios repugnantes que bailaban a su alrededor formando una ronda. «Bueno —dijo Veselchak—, bailad

cuanto queráis, pero que ninguno se atreva a acercarse a mí». Sin embargo, los demonios se le iban acercando cada vez más y casi le tocaban la cara con sus pies en su danza frenética. «¡Quietos, diablos!», gritó el soldado; pero ellos seguían abalanzándose sobre él como antes. Entonces Veselchak, enfurecido, exclamó: «¡Os voy a poner orden en un instante!», arrancó una pata de la silla y comenzó a golpearlos.

No obstante, nueve demonios contra un solo soldado eran demasiados, y mientras él se lanzaba contra los de delante, los de atrás lo tiraban de los cabellos y lo zarandeaban sin piedad. «¡Esperad un poco, hijos del diablo! ¡Yo acabaré con vosotros!», gritó el soldado. «¡Metéos todos nueve en mi mochila!»

Y al instante todos quedaron dentro de la mochila, que él cerró con todas las hebillas y arrojó a un rincón.

Entonces todo quedó en silencio de repente, y Veselchak se tendió de nuevo y durmió hasta el amanecer.

Llegaron entonces el posadero junto con el dueño del castillo, deseosos de ver qué había sido de él.

Cuando lo vieron vivo y sano, se sorprendieron y preguntaron: «¿Acaso los espíritus de este lugar no os han causado ningún daño?» «Lo intentaron —respondió el soldado—, pero yo los metí a todos en mi mochila. Podéis volver a habitar tranquilamente vuestro castillo; ninguno vendrá ya a molestaros».

El dueño del castillo le dio las gracias, lo colmó de regalos y quiso retenerlo a su servicio, prometiéndole sustento para toda la vida. «No —dijo el soldado—, estoy acostumbrado a vagar por el mundo blanco y seguiré adelante».

Y efectivamente, se marchó, llegó a una herrería y, poniendo la mochila sobre el yunque, pidió al herrero y a sus ayudantes que golpearan la mochila con sus martillos. Ellos comenzaron a golpear la mochila con sus enormes martillos, y con tal fuerza que los demonios lanzaron aullidos lastimeros.

Cuando después de esto abrió la mochila, resultó que de los nueve demonios ocho ya habían muerto, mientras que el noveno, que logró esconderse en un pliegue de la mochila y sobrevivir, se deslizó fuera de ella y al instante huyó hacia el inframundo.

Y después de esto, Veselchak aún vagó muchos años seguidos por el mundo blanco, y quien lo supiera podría contar mucho sobre él.